

# *Jerónimo Grimaldi. El Ministro Olvidado*

## *Jerónimo Grimaldi. The Forgotten Minister*

PAULINO GARCÍA DIEGO  
CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO DE TIERRA  
PGARDIE@OC.MDE.ES

### RESUMEN

La figura del genovés Jerónimo Grimaldi y Pallavicini está indisolublemente ligada al servicio a la corona española en los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III. A casi un cuarto de siglo de actividad diplomática se añadiría su titularidad de la primera secretaría de Estado y del Despacho entre 1763 y 1777, a lo largo de la cual se afrontaría una grave crisis con Gran Bretaña en el Atlántico Sur. En ella se sentarían las bases para la pacificación de ambas orillas del Río de la Plata para asegurar la navegación en el Mediterráneo y para apoyar económicamente a los rebeldes de Norteamérica. A estas y otras realizaciones en materia de política exterior hay que añadir su condición de precursor del consejo de ministros, de impulsor del servicio postal y de protector del arte y la cultura. Pese a todo ello, Jerónimo Grimaldi es un personaje relativamente olvidado por la investigación histórica, vacío que este artículo trata de cubrir parcialmente.

**Palabras Clave:** Política exterior, Secretaría de Estado, Jerónimo Grimaldi, Carlos III, Edad Moderna

### ABSTRACT

The figure of the Genoese Jerónimo Grimaldi and Pallavicini is inextricably linked to the service of the Spanish Crown in the reigns of Philip V, Fernando VI and Charles III. Almost a quarter of a century of diplomatic activity went together with the position of first Secretary of State between 1763 and 1777. In that period, a serious crisis between Spain and Britain in the South Atlantic had to be faced, during which the conditions for peace on both sides of the Rio de la Plata were established, navigation in the Mediterranean Sea was ensured, and the rebels in North America were financially supported. These and other achievements in foreign policy must be added to his condition of precursor of the cabinet, supporter of the postal service, and protector

of art and culture. Despite all this, Jerónimo Grimaldi has been practically ignored by historical research, a blank space in history to be partially filled with this article.

**Key Words:** Foreign policy, Secretary of State, Jerónimo Grimaldi, Charles III, Modern Age

El escenario político de la primera juventud de Jovellanos, durante su etapa de colegial y en los primeros años de su estancia en Sevilla, se vio agitado por las crisis ministeriales que provocaron la caída de los cuestionados secretarios italianos de Carlos III, la de Esquilache en 1766 y la de Grimaldi una década más tarde. Por su afinidad con el duque de Alba y por su subordinación al conde de Aranda, es probable que el prócer gijonés albergase hacia ellos la misma antipatía, por otra parte compartida por no pocos de sus contemporáneos, que sin duda se regocijaron de la salida de escena de los denostados ministros extranjeros. Este artículo se dedica a revisar la figura y realizaciones de uno de esos ellos, Jerónimo Grimaldi, que a pesar de ser el más próximo al monarca y el que más tiempo se mantuvo en el poder, es paradójicamente el menos conocido<sup>1</sup>.

La actividad diplomática de Grimaldi no fue sustancialmente diferente de la de buena parte de los embajadores del periodo. Pero a esta faceta, interesante por sí misma aunque únicamente fuese por su activa participación en las negociaciones del tercer Pacto de Familia, debe añadirse el ejercicio del cargo de primer secretario de Estado y del Despacho de Carlos III durante más de trece años, lo que convierte a Grimaldi en uno de los titulares que más tiempo se mantuvo al frente de esa secretaría a lo largo del siglo XVIII y en el de mayor continuidad durante el reinado de Carlos III (Floridablanca la ocupó durante doce años y Wall permaneció en ella únicamente cuatro). Con su intento de coordinación de las diversas secretarías, Grimaldi puede además ser considerado, junto a Esquilache, uno de los precursores del consejo de ministros<sup>2</sup>. Protector y patrocinador de Floridablanca, Grimaldi intervino en asuntos nacionales como la reacción frente a los motines de 1766 y el posterior proceso de expulsión y disolución de los jesuitas.

El periodo 1763-1777, a pesar de haber sido calificado como de transición y recuperación, ha sido objeto de la atención de los historiadores modernistas. En esta etapa debe atri-

<sup>1</sup> Este artículo se basa en la investigación realizada para la publicación de un texto específico sobre Jerónimo Grimaldi (Paulino GARCÍA DIEGO, *Jano en Hispania. Una aproximación a la figura y obra de Jerónimo Grimaldi (1739-1784)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 2014).

<sup>2</sup> Jose Antonio ESCUDERO LÓPEZ, *Los orígenes del Consejo de Ministros. La Junta Suprema de Estado*, Editora Nacional, Madrid, 1979, Madrid, *Los Secretarios de Estado y de Despacho*, 1992.

buirse a Jerónimo Grimaldi la responsabilidad, obviamente compartida con el monarca, sobre varias actuaciones relevantes en materia de política exterior: completar la gestión de las consecuencias de la Guerra de los Siete Años; afrontar unas complicadas relaciones con Gran Bretaña que a punto estuvieron de provocar un conflicto; acometer, tras la caída de Choiseul, un pragmático y discreto alejamiento de Francia, cada vez menos sensible a las pretensiones españolas; o mantener la concurrencia de esfuerzos de España, Nápoles y Parma en los asuntos de Italia, particularmente en lo tocante a las relaciones con el Papado.

A estas actuaciones hay que sumar otras de análoga importancia que Jerónimo Grimaldi no llegaría a ver culminadas, pero en las que tuvo un papel relevante. Entre ellas destacan la solución definitiva al litigio sobre la Banda Norte del Río de la Plata con Portugal; los primeros apoyos a los insurrectos de las colonias inglesas de Norteamérica; o sentar las bases para la normalización de las relaciones con Marruecos y la adopción de medidas diplomáticas y militares frente a las regencias del Norte de África. Sería a Floridablanca a quien correspondería recoger los frutos de estas acciones, pero en justicia debe señalarse que los principales éxitos en materia de política exterior del ilustre político murciano en sus más de tres lustros al frente de la secretaría de Estado se basaron en mayor o menor medida en las gestiones de su predecesor.

En otro orden de cosas Grimaldi, en contraste con su corrección en las formas y con la aparente ligereza y superficialidad de que hacía gala, fue un peligroso rival para sus competidores y adversarios. Entre los primeros destaca Esquilache, a quien consiguió desplazar a la hora de obtener el favor real, y entre los segundos el conde de Aranda, aunque también el duque de Alba. Convertido en objetivo de los partidarios de ambos, «albistas» y «aragoneses», puso de manifiesto sus condiciones de auténtico superviviente político, de hombre ambicioso y de hábil promotor de intrigas.

Su condición de extranjero, por añadidura italiano, y su procedencia de la baja nobleza, le hacían blanco preferente de las maniobras de la alta aristocracia tradicional, que se consideraba desplazada de su «natural esfera de poder» con el nuevo soberano. Obviaban que en definitiva seguían monopolizando el poder efectivo en los órdenes social y económico, al igual que en el pasado, y que si no tenían un peso mayor en el gobierno era más por su falta de sintonía con la ideas del rey y por su falta de idoneidad que por motivos de otra índole.

Pero su carácter no es explicación suficiente para su prolongada permanencia en la primera línea de la política en medio de los vaivenes que sacudieron su ministerio. Quizá el motivo principal de esa permanencia es el hecho de que fue también un hombre de confianza de Carlos III, con el que mantuvo una relación próxima y cordial y del que recibió apoyo continuo. No hay que olvidar que Grimaldi fue el ejecutor principal de actuaciones tan controvertidas para la opinión pública, en los términos de la época, y tan sensibles para la monarquía como la exclusión del infante don Luis de la línea sucesoria o la defenestración de Olavide.

A lo largo de los años la simpatía del monarca por el ministro iría en aumento, sin que se viese afectada por las crecientes críticas que llegaban a su conocimiento. Además de los condicionantes citados, sin duda también influyó en ello la circunstancia de que Jerónimo Grimaldi era ante todo, tal y como testimonian numerosas fuentes, una persona de trato agradable y cordial, un «hombre de voluntad flexible, suave en las palabras y deferente por naturaleza, que sabía agradar al Soberano», en palabras de Fernán Núñez<sup>3</sup>. Era, pues, un conversador ameno y un interlocutor correcto y educado, aunque en ocasiones superficial, que se esforzaría permanentemente en complacer a su rey, lo que sin duda le facilitó desplazar a sus rivales.

Hombre de su tiempo, otras facetas de Grimaldi fueron la de un regalista moderado y la de un ilustrado con marcado interés en diversas manifestaciones culturales y artísticas. Fruto de estas inquietudes son su impulso a la reorganización del servicio postal y a la creación de los correos marítimos con América, así como su papel de mecenas de notables artistas de la época, como Sabatini o Mengs y de protector de las academias.

Los demás secretarios de Estado de la segunda mitad del siglo XVIII han sido estudiados en profundidad, al contrario que Grimaldi. Paradójicamente también se han escrito obras muy destacables sobre los principales acontecimientos del periodo 1761-1775 en el área de las relaciones internacionales, pero en prácticamente todos los casos se obvia reconocer un protagonismo digno de mención a Grimaldi y se le otorga una importancia secundaria. Esta falta de interés sobre su biografía personal y sobre su actividad diplomática y política llama en particular la atención al compararla con casos como los de Carvajal y Wall, durante cuyos ministerios las realizaciones en materia de política exterior no tuvieron mayor trascendencia que las de la secretaría de Grimaldi.

Hay varias posibles causas. Grimaldi fue cuestionado durante su ministerio, pero una vez que salió de la escena política ni el mismo Floridablanca, al que promovió de forma determinante, trató de rehabilitarle. Tampoco tuvo descendientes que reivindicasen su memoria y, en cualquier caso, su recuerdo quedó difuminado por la crisis del antiguo régimen tras la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas.

Su condición de extranjero ha sido motivo suficiente para, al igual que sucede con Esquilache o Alberoni, no haber despertado la simpatía de los investigadores españoles. El estereotipo más generalizado de Grimaldi le presenta como un personaje anodino y superficial, al tiempo que falto de conocimiento en las materias que le concernían, condescendiente en exceso con sus superiores e indeciso en las ocasiones que exigían iniciativa, que llegaría a anteponer su afinidad por Francia a la lealtad de-

---

<sup>3</sup> Antonio FERRER DEL RIO, *Historia del reinado de Carlos III en España*, Madrid, Imprenta de los señores Matutes y Compagni, 1856 (reimp. 1988), libro IV, p. 105.

bida a la nación que le acogía y al monarca al que se debía. A este respecto conviene tener en cuenta que buena parte de las opiniones sobre Jerónimo Grimaldi se basan en testimonios críticos de sus adversarios, por cierto muy numerosos, entre los que además de la facción más inmovilista de la aristocracia tradicional española hay que incluir a los representantes diplomáticos de Inglaterra y Portugal, casualmente las potencias con las que España mantendría una pugna soterrada durante el ministerio de Grimaldi.

La postergación de Grimaldi es incluso más acusada, rayando un absoluto desinterés, por parte de la historiografía italiana. Inmersa en el espíritu fuertemente nacionalista del «risorgimento», no veía con buenos ojos la figura de un genovés que había desarrollado una brillantísima carrera en la diplomacia y la política al servicio de una potencia extranjera.

Por último, no debe olvidarse que el propio Grimaldi, de acuerdo con su carácter, se ocupó de hacer desaparecer buena parte de la correspondencia que pudiese resultar comprometedor, por lo que no es fácil encontrar testimonio de su intervención en determinados acontecimientos señalados de la época.

En relación con las críticas sobre su gestión, conviene recordar que cuando llegó a la secretaría de Estado, Jerónimo Grimaldi era un hombre maduro, plenamente formado, un diplomático profesional con casi un cuarto de siglo de experiencia a cuestas, lo que sin duda es determinante a la hora de enjuiciar su modo de actuar. Es cierto que también Wall y Floridablanca habían sido embajadores, pero durante periodos sensiblemente más cortos. En cuanto a Carvajal, solo había estado en una ocasión en el extranjero y durante un año escaso. Por tanto Grimaldi era ante todo, con todas las ventajas e inconvenientes inherentes a su función, un eficiente funcionario diplomático: con una cierta cultura, un buen conocimiento de idiomas –en particular del francés–, y con especial aptitud para relacionarse, estaba acostumbrado a seguir fielmente las directrices del secretario de Estado de turno, sin que se esperase de él una gran iniciativa. Como ministro se desenvolvería de igual modo, sin excesivas concesiones a la imaginación y ajustándose estrictamente a las instrucciones y deseos de Carlos III, que, por otra parte, no dejó nunca de orientar, con sus propias ideas, las líneas principales de la política exterior española. Con una perspectiva más a corto que a largo plazo y sin dejarse llevar por sus impulsos, Grimaldi trataría de atajar problemas concretos antes que de verse envuelto en disquisiciones sobre las grandes cuestiones de la política.

No debe obviarse el estilo de gobierno impuesto por Carlos III, que ocupaba el trono desde 1759. Se trataba de un rey de su tiempo, el del despotismo ilustrado y el del cenit de la monarquía absoluta. Como sus predecesores, su padre Felipe V y su hermanastro Fernando VI, tenía criterios propios, pero sin duda más y más profundamente arraigados que ellos, tras una experiencia acumulada de 27 años de gobierno,

primero en los ducados de Toscana y Parma y después en el reino de las dos Sicilias. Consecuentemente los titulares de sus cinco secretarías (Estado, Guerra, Marina e Indias, Hacienda y Justicia) estaban estrechamente condicionados por su voluntad, al margen de que estuviese abierto a recibir consejo. A la inversa, era relativamente influenciable por sus colaboradores más próximos, aunque solo fuese porque no tenía ni tiempo ni capacidad, ni probablemente intención, de abarcar todos los ámbitos que exigía la dirección del gobierno. Por ello, si es acertado afirmar que las actuaciones de Grimaldi en su ámbito de responsabilidad no fueron ni más ni menos que la materialización de los deseos de Carlos III, tal y como el mismo monarca defendió en varias ocasiones, también puede decirse lo contrario. De modo que la tan criticada prudencia de Grimaldi fue también, por tanto, la prudencia del rey.

En este contexto, no resulta difícil explicar las tensiones entre los más o menos eficientes funcionarios que nutrían las secretarías, un verdadero poder ejecutivo por mucho que estuviese estrictamente limitado al desarrollo de los propósitos reales, y una nobleza que añoraba los tiempos de los validos y de su predominio absoluto en el régimen polisinodial de los Habsburgo, precisamente en un tiempo en el que los consejos estaban constreñidos a funciones meramente consultivas, a excepción del de Castilla. Por ello no vacilaron en alentar conspiraciones e intrigas, no solo entre las clases populares, sino incluso en el cuarto de los príncipes.

## ACTIVIDAD DIPLOMÁTICA

Grimaldi y Pallavicini nació en Génova en el año 1710 en el seno de una de las ramas de la Casa Grimaldi. Su padre, un próspero hombre de negocios, había desempeñado funciones diplomáticas en varias capitales, entre ellas Madrid. Jerónimo era el segundo de dos hermanos, por lo que al asegurar la continuidad del patrimonio familiar en beneficio del primogénito, su destino fue el de entrar al servicio de la Iglesia. El joven Grimaldi recibiría una educación bastante completa en los términos de la época, que le facilitaría entre otros conocimientos el dominio del francés, lo que le resultaría de gran utilidad en su labor como diplomático.

De buena presencia –pronto sería conocido como el «bello abate»– y de maneras agradables, Grimaldi era más proclive a los placeres mundanos y a la vida social que a los rigores de la vida religiosa. Desplazado a Roma, donde trataba de impulsar su carrera eclesiástica, se vio obligado a abandonar la capital pontificia en el año 1734 al parecer por un asunto amoroso. Desde Italia se trasladó a Madrid para seguir un proceso. Allí sería bien acogido por la comunidad italiana que se aglutinaba alrededor de la reina Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, grupo conocido como la «camarilla farnesiana». En este contexto se plantearía tratar de entrar al servicio de España,

salida buscada tradicionalmente por un buen número de italianos, y en particular por muchos de sus compatriotas genoveses, habida cuenta de la relación especial que continuaba existiendo entre ambas naciones.

La influencia familiar está seguramente detrás de su designación en 1739 como embajador extraordinario de Génova ante la corte de Madrid, un puesto que desempeñaría durante siete difíciles años, en plena Guerra de Sucesión austriaca. En su transcurso la república ligur intentó infructuosamente mantenerse al margen de un conflicto que la atenazaba entre las presiones de las potencias borbónicas y las de la coalición austro-sarda que se les oponía, y cuyos dominios rodeaban el territorio de la república<sup>4</sup>. En estos años Grimaldi, al que correspondió negociar y firmar entre 1744 y 1745 el tratado de alianza firmado por Génova con España y Francia en Aranjuez, se foguearía en el campo de la política lidiando con interlocutores de la talla de Campillo y Ensenada. Este últimoprobablemente estaba detrás de su reclutamiento para la causa española.

En 1746, poco después de la liberación de Génova de la ocupación austriaca y en una maniobra que pone de manifiesto su personalidad, Grimaldi pasó secretamente al servicio de España, manteniendo durante un tiempo una doble dependencia de ambas naciones. Su primera misión al servicio de la corona española sería la de trasladarse a Viena con nombre falso y disponiendo de plenipotencias de Felipe V para tratar de negociar una paz separada con la emperatriz María Teresa sin conocimiento de Francia, que a su vez había intentado poner fin a la guerra dejando al margen los intereses españoles. La iniciativa no tuvo éxito y la paz no llegaría hasta 1748, tras la negociación de Aquisgrán, ya en el reinado de Fernando VI. En virtud de este trato, Felipe, hermanastro del rey de España y hermano de Carlos de Nápoles, el futuro Carlos III, adquiriría los ducados de Parma, Piacenza y Guastalla, poniendo fin de forma definitiva a la política de irredentismo italiano mantenida por Felipe V e Isabel de Farnesio.

A pesar del fracaso de la negociación de Viena, el prestigio de Grimaldi comenzaba a acrecentarse, de lo que da testimonio el secretario de Estado Carvajal al confiar en marzo de 1749 a su amigo Huescar su interés en destinarle a la embajada de Estocolmo, donde permanecería tres años: «Ya he tenido yo gana de enviar a Grimaldi a Suecia (...) El lo hará bien allí y en todas partes»<sup>5</sup>. No hay que olvidar que aunque Grimaldi mantuvo relaciones cordiales con Ensenada, también fue afín a Wall, siendo

---

<sup>4</sup> Raffaele CIASCA, *Istruzioni e Relazioni degli ambasciatori genovesi*, Vol. VI y VII, *Spagna 1721-1745 y 1746-1798*, Roma, Istituto storico italiano per l'età moderna e contemporanea, 1968.

<sup>5</sup> Didier OZANAM, *La diplomacia de Fernando VI. Correspondencia reservada entre D. José de Carvajal y el Duque de Huéscar, 1746-1749*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 1975, p. 449.

ambas relaciones determinantes para impulsar su carrera, pero también tuvo la habilidad de no verse encasillado en una u otra facción, sobreviviendo así a los vaivenes de la política en la etapa final del reinado de Fernando VI.

En la capital sueca continuaría la negociación de un acuerdo comercial y recibiría a Antonio de Ulloa, en su gira europea, emprendida a instancias de Ensenada para recabar información sobre las últimas tendencias en construcción naval. En 1752 Grimaldi consiguió que Carvajal aceptase su traslado a la embajada de La Haya, a la que tardaría más de dos años en incorporarse, ya que entre 1752 y 1754 desempeñaría sendas misiones en Hanover y Parma. La primera como representante español en el proceso de elección del «rey de romanos», el heredero de la corona del Sacro Imperio Romano-Germánico, y la segunda como supervisor del funcionamiento de las finanzas de los ducados de Parma, Piacenza y Guastalla, dominios del infante don Felipe, generosamente subsidiados por la corona española. De ese periodo proceden las primeras críticas por parte de los representantes ingleses en España a causa de su inclinación hacia Francia, y así el embajador Keene, que no tenía a Grimaldi en una alta consideración, decía de él en 1753: «El... hablaba siempre mucho y muy alto; ahora habla aún más y todavía más alto»<sup>6</sup>.

Grimaldi permanecería en La Haya de forma discontinua hasta 1761, coincidiendo con el nuevo conflicto que asolaba Europa, la Guerra de los Siete Años, cuyo escenario colonial y marítimo amenazaba irremediabilmente con afectar a España, que hasta ese momento se había mantenido neutral. En ese tiempo se vería obligado a permanecer prácticamente cesante durante dos años en Madrid, coincidiendo con el interregno de enfermedad de Fernando VI conocido como «año sin rey», que finalizó con el fallecimiento del monarca y su sucesión por su hermano Carlos, soberano del reino de las Dos Sicilias.

La fama de Grimaldi continuó, sin embargo, en ascenso, como pone de manifiesto el comentario del secretario de Estado Ricardo Wall, sucesor de Carvajal, al embajador austriaco Rosenberg en 1760, describiendo al genovés «como el único ministro capacitado de España para la gestión de negocios del Estado y que el Rey se había decidido a utilizarlo»<sup>7</sup>. De opinión diferente era el secretario Tanucci, hombre de confianza de Carlos III en Nápoles, que un año antes decía a Jaci, representante del Reino de las Dos Sicilias en Madrid: «Miraos mucho en la conducta que habéis

---

<sup>6</sup> Pablo FERNÁNDEZ ALBADALEJO, «Los Borbones: dinastía y memoria de nación en España del siglo XVIII», en *Actas del Congreso Internacional sobre «Carlos III y la Ilustración»*, vol. I, *El rey y la monarquía*, Madrid, 2002, p. 215.

<sup>7</sup> Hans JURETSCHKE, «El marqués de Grimaldi visto por los representantes diplomáticos de Viena acreditados en la Corte de Carlos III», Madrid, *Cuadernos de la Escuela Diplomática*, nº 3, 1989, pp. 65-83.

de observar con Grimaldi; no otorguéis a ese señor muchas gracias, no sea cosa que después tengáis que arrepentiros. Será siempre genovés, y por consiguiente atenderá siempre a su negocio»<sup>8</sup>. Más adelante, en 1761, tras el nombramiento de Grimaldi como embajador en París, todavía diría Tanucci: «El marqués de Grimaldi, con su francesismo estará en el paraíso», aludiendo a su conocida postura favorable a Francia. Estas opiniones desfavorables eran evidentemente interesadas en la mayoría de los casos. Volviendo al caso inglés, el conde de Bristol, embajador en Madrid indicaba a Pitt en 1760 que «Es conocido públicamente por ser un hombre con cualidades. Pero todavía no he sido capaz de descubrir en el ningún talento, aparte de un don particular para la algarabía y la insolencia (...) Es uno de los miembros declarados del partido favorable a Francia en esta corte»<sup>9</sup>.

La embajada en Holanda sirvió a Grimaldi para conseguir un nuevo éxito, todavía durante el reinado de Fernando VI, al negociar la reanudación de las relaciones diplomáticas con Dinamarca, suspendidas desde tiempos de Carvajal por la venta de armas y pertrechos a las regencias norteafricanas, que luego eran utilizados por estas para el corso berberisco, que tanto afectaba a la navegación en el Mediterráneo Occidental y que castigaba tanto a los desafortunados habitantes de las costas levantinas y andaluzas como a los de las sicilianas y del sur de Italia, en los dominios napolitanos de la casa de Borbón. Más adelante, ya bajo Carlos III, Grimaldi sería despachado de nuevo a La Haya con la misión de estar al tanto de las negociaciones entabladas entre franceses e ingleses para buscar una salida negociada a la guerra.

En 1761 por fin conseguía Grimaldi llegar al cenit de su carrera diplomática al ser nombrado para suceder a Masones al frente de la embajada en Francia, la más importante de las legaciones españolas. Allí mantendría una estrecha relación con el poderoso ministro Choiseul y pondría su máximo empeño en cumplir el cometido que se le había asignado: cerrar la alianza con Francia mediante la negociación del tercer Pacto de Familia<sup>10</sup>. Sin perjuicio de que los resultados inmediatos a los que llevó este acuerdo no fueron positivos por la derrota española en la Guerra de los Siete Años, tras algo más de ocho meses de hostilidades en los que se emprendió una infructuosa campaña en Portugal, la conocida como «guerra fantástica», y se perdieron La Ha-

---

<sup>8</sup> Diego TÉLLEZ ALARCIA, «Guerra y regalismo a comienzos del reinado de Carlos III: El final del ministerio Wall», *Hispania*, nº 209, (2001), p. 1.083.

<sup>9</sup> Carta de Bristol a Pitt de 5 de marzo de 1759 (Public Record Office, State Papers, 94/159, pp. 122-123). Cit. Didier OZANAM, «Política y amistad: Choiseul y Grimaldi. Correspondencia particular entre ambos ministros (1763-1770)», Madrid, *Actas del congreso internacional sobre «Carlos III y la ilustración»*, volumen 1 (el Rey y la Monarquía), 1989, p. 215.

<sup>10</sup> Vicente PALACIO ATARD, *El Tercer Pacto de Familia*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 1945; Diego TÉLLEZ ALARCIA, *El ministerio Wall: la España discreta del ministro olvidado*, Madrid, 2012, pp. 70-150.

bana y Manila, los frutos de esta alianza se recogerían dos décadas más tarde, cuando las potencias borbónicas consiguieron su desquite de Inglaterra a raíz de la rebelión de las Trece Colonias. El genovés ya comenzó a ser objeto de críticas por aquel entonces, atribuyéndosele la ruptura de una política de neutralidad que había reportado beneficios económicos al país, pero el mismo Carlos III saldría en su defensa afirmando que «Grimaldi ni ha sido, ni ha hecho más de lo que yo he querido».

Del buen desempeño de Grimaldi da fe el mismo Choiseul, cuando se lamentaba de la partida de éste al embajador francés en Madrid, Ossun, diciendo<sup>11</sup>:

Estoy muy disgustado por perder al embajador de España (...) no trabajaba ni pensaba en otra cosa que en el bien de las dos coronas. Es muy activo y tiene una gran experiencia en los asuntos importantes. (...) Al principio yo no conocía todas sus cualidades, pero después de este tiempo he llegado a apreciarle sinceramente y estoy realmente muy afligido por su partida ...

La inclinación pro-francesa fue uno de los aspectos más criticados de la gestión de Grimaldi, ya desde su etapa en la embajada de París. Es cierto que prácticamente desde el inicio de su actividad diplomática, y seguramente desde antes, Grimaldi se vio atraído por Francia, lo que por otra parte no debe extrañar dada su condición de potencia hegemónica en el continente, su consolidada estructura administrativa y diplomática y su dimensión cultural de primer orden. Esta preferencia de Grimaldi hacia Francia se pondría abiertamente de manifiesto a raíz de sus primeros contactos con Choiseul, anticipo de una estrecha relación entre ambos. A estas consideraciones personales hay que añadir la circunstancia de que Grimaldi veía en la poderosa nación vecina la única garantía de poder hacer frente a la expansión ultramarina de Gran Bretaña, principal amenaza para los dominios americanos de la corona española. De ahí su tesón durante la negociación del tercer Pacto de Familia y su interés en contar permanentemente con el apoyo francés.

Efectivamente, es necesario plantearse si al margen de la valoración de Carlos III y de Grimaldi había realmente otra opción para España que la de alinearse junto a Francia. La alianza entre ambas potencias era ya la única línea de acción posible a partir de la primera mitad del siglo XVIII, cuando quedaron despejadas las últimas dudas sobre el riesgo que representaba Gran Bretaña para la seguridad de la América española y se llegó al convencimiento de la imposibilidad de aproximar intereses tan alejados como los que movían a las dos naciones. En este sentido, intentos como el de Carvajal de llegar a un entendimiento sincero entre Madrid y Londres no podían pasar del plano de las candidas y poco realistas buenas intenciones, como el curso de los acontecimientos pondría

---

<sup>11</sup> Carta de Choiseul a Ossun de 11 de septiembre de 1763 (AE París, Mem.et doc. Espagne, 574, p. 138) Cit. OZANAM, «Política y amistad...», p. 218.

en evidencia. En palabras del mismo Aranda, España estaba obligada a defender sus intereses entre las miras de su peor enemigo, Inglaterra, y las de su peor amigo, Francia. Ambas aspiraban al control del comercio ultramarino con América, evitando las restricciones que sobre él trataba de imponer el teórico monopolio español, sistemáticamente vulnerado por la falta de capacidad de la metrópoli para cubrir las necesidades de sus dominios, lo que daba alas a un contrabando cada vez más activo.

Sin embargo, la caída de Choiseul y el incidente de las Malvinas atemperaron el punto de vista de Grimaldi. Hizo suya no solo la decepción de Carlos III, sino también un cierto desengaño personal. Puede decirse que hasta 1770 el rey y su ministro no se percataron plenamente de las consecuencias de la guerra de los Siete Años y sobreestimaron la capacidad de recuperación de Francia, así como la solidez de su alianza. La crisis malvina, al demostrar lo erróneo de los supuestos españoles, acarrearía la desilusión y la pérdida de la confianza en el país vecino. Pero al margen de este hecho era preciso afrontar la realidad de que en pocos años sería inevitable un conflicto abierto con Inglaterra. El dilema así planteado a Carlos III, a Grimaldi y posteriormente a Floridablanca, se resolvería en los años que van de 1771 a 1783 al recurrir a la aplicación del Pacto de Familia solo en cuanto suponía ventajas para España.

Como resumen es de justicia afirmar que Grimaldi no antepuso deliberadamente su simpatía hacia Francia a sus obligaciones y a la lealtad hacia su soberano y que si actuó en un determinado sentido lo hizo por convicción de que era el más conveniente a los intereses españoles. A este respecto puede citarse el comentario del embajador austriaco Colloredo, en el sentido de que Grimaldi actuaba «...procurando parar la ligereza y excesiva viveza de los franceses (...) por (...) abrigar más que ninguno la bien fundada opinión de que en las circunstancias actuales la Corona de España ha de fijarse primariamente en el buen estado de su poder marítimo»<sup>12</sup>.

## EL PASO A LA POLÍTICA

De forma relativamente inesperada, Grimaldi fue escogido para sustituir a Ricardo Wall tras su dimisión, transcurridos algunos meses desde la firma de la Paz de París. El militar irlandés tenía buena opinión de su subordinado, afirmando al tener conocimiento de que había sido designado como su sucesor que «La prudencia del Rey ha sabido reemplazarme con muchas ventajas...»<sup>13</sup>. Pero el nombramiento de Grimaldi no estuvo exento de polémicas por su condición de extranjero, al situar el

---

<sup>12</sup> JURETSCHKE, «El marqués...», p. 78.

<sup>13</sup> TÉLLEZ ALARCIA, «Guerra y regalismo...», p. 1.090.

gobierno mayoritariamente en manos de foráneos, ya que a las secretarías de Guerra y Hacienda, a cargo de Esquilache, se sumaba ahora la de Estado con Grimaldi a la cabeza. A ello se unía el hecho de que los otros secretarios, Muñiz en Justicia y Arriaga en Marina e Indias, tuviesen un perfil bajo. Sin embargo, no resulta muy gratificante para la alta aristocracia tradicional, que aspiraba a desplazar a los secretarios italianos, la afirmación del rey a su leal Tanucci de que Grimaldi era la mejor alternativa para el puesto y que no contaba con otras opciones, confiándole que le había elegido «por considerar que había falta de sujetos y que este era el mejor de todos»<sup>14</sup>.

Al contrario que lo acaecido con sus predecesores en la secretaría de Estado, en particular José de Carvajal y Ricardo Wall, que han sido generalmente bien tratados por los historiadores, en el caso de Grimaldi las actuaciones en materia de política exterior fueron en general exitosas, y ello a pesar de vivir situaciones complicadas. Así, recién llegado a la secretaría de Estado, Grimaldi tuvo que afrontar la superación de la derrota sufrida en la Guerra de los Siete Años, y en los años comprendidos entre 1763 y 1776/77 se vio obligado a afrontar crisis sucesivas en escenarios tan alejados como el Atlántico Sur o el Mediterráneo.

Se trata de un periodo difícil, en el que España tratará de defender sus intereses entre las proposiciones interesadas de Francia y las amenazas de Inglaterra. Esos intereses pasaban ni más ni menos que por la defensa de los dominios americanos, a la que había comenzado a dársele la importancia debida a partir de la Paz de Aquisgrán, que cerró casi cuatro décadas de irredentismo en Italia, y que alcanzaría su máximo exponente tras la Paz de París, que sacó a Francia de la escena americana y dejó sola a España frente a Inglaterra. Grimaldi tratará por una parte de asegurar la defensa de América y por otra de evitar que España se viese comprometida por Francia en Europa. De paso iría tejiéndose una red de alianzas con otras potencias que contribuiría años más tarde al aislamiento de Inglaterra.

Prácticamente recién llegado a la secretaría de Estado, Grimaldi acometió la ocupación efectiva de la Luisiana, territorio cedido por Francia a España como contrapartida de la pérdida de la Florida. Para ello fue necesario sofocar un conato de rebelión de algunos notables de origen francés mediante el envío de una expedición al mando del militar de origen irlandés, Alejandro O'Reilly, del que Grimaldi volvería a servirse más adelante. O'Reilly triunfó donde el primer gobernador, el marino Antonio de Ulloa había fracasado<sup>15</sup>.

A partir de 1764 Grimaldi tuvo que enfrentarse a unas complicadas relaciones con Inglaterra, comenzando con las reclamaciones de Pitt de pago del conocido como

---

<sup>14</sup> ESCUDERO, «*Los orígenes del Consejo...*», p. 297.

<sup>15</sup> Juan José ANDREU OCARIZ, *Luisiana Española*, Zaragoza, Tall. Edit. Librería General, 1975.

«rescate de Manila», cantidad ofrecida por el arzobispo de la ciudad filipina para evitar el saqueo por parte del inglés Draper en 1762, y obligación que no fue reconocida por las autoridades españolas. Con este asunto abierto, surgiría el contencioso por las Malvinas, en las que desde 1766 coexistían un establecimiento español, tras la retirada de los colonos franceses que habían llegado dos años antes con Bougainville a las islas, y otro inglés. Este último suscitaba una honda preocupación por la posibilidad de que las Malvinas fuesen utilizadas como base de apoyo para el contrabando con el virreinato del Perú por el Río de la Plata y por las costas del Pacífico<sup>16</sup>.

Confiado en el apoyo francés, se procedió a expulsar a los ingleses en el verano de 1770. Sin embargo, en diciembre de ese mismo año Luis XV puso fin bruscamente a las expectativas españolas al cesar a Choiseul, el único que, aún de forma muy moderada, parecía dispuesto a sostener las garantías derivadas del tercer Pacto de Familia. De este modo España se encontró sola en puertas de una guerra con Inglaterra, que de haberse desencadenado sin duda habría tenido consecuencias catastróficas. Frente a opiniones exaltadas como la de Aranda, Grimaldi propugnó una actitud de prudencia, transigiendo con el restablecimiento del puesto inglés a cambio de una desescalada de la crisis. Esta posición le acarrearía ser tildado de pusilánime, entre un creciente número de críticos principalmente aglutinados en la facción conocida como «partido aragonés». La crisis se solucionó de forma natural al retirar cuatro años más tarde los ingleses su establecimiento para economizar recursos con vistas a sostener el esfuerzo militar contra los rebeldes de Norteamérica.

El apoyo a la sublevación de las Trece Colonias fue también motivo de reproches de Aranda hacia Grimaldi, pero de nuevo se pone de manifiesto lo acertado de su política de prudencia. Durante el ministerio de Grimaldi se proporcionaron los primeros apoyos económicos a los rebeldes, en concreto aportando la mitad de un crédito de dos millones de libras que se utilizó para adquirir armas y pertrechos. Sin embargo, este apoyo se prestó de la forma más discreta, hasta el extremo de evitar que el enviado norteamericano Lee entrase en Madrid, entrevistándose con Grimaldi durante el viaje de éste hacia la embajada de Roma una vez que había dimitido como secretario de Estado. La sucesión de fracasos de los rebeldes en los dos primeros años de la guerra aconsejaba la máxima prudencia para evitar convertirse en objeto del desquite inglés en caso de que los colonos fuesen finalmente sometidos.

También recibió acidas críticas de Aranda la gestión de Grimaldi de la crisis con Portugal en América meridional, problema cuyo origen se remontaba a más de un siglo atrás con el establecimiento luso en la colonia de Sacramento. A pesar del tiempo transcurrido y de la sucesión de iniciativas frustradas para solucionar el problema, como el

---

<sup>16</sup> Manuel HIDALGO NIETO, *La cuestión de las Malvinas. Contribución al estudio de las relaciones hispano-inglesas en el siglo XVIII*, Madrid, C.S.I.C. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1947; Octavio GILMUNILLA, *Malvinas. El conflicto anglo-español de 1770*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1948.

tratado de Límites de 1750, se acusó a Grimaldi de pusilánime por no adoptar medidas energéticas, que no eran posibles por el respaldo que Londres garantizaba a Lisboa. Una vez más, la prudencia y la espera dieron sus frutos cuando se decidió organizar, todavía durante el ministerio de Grimaldi, la mayor expedición que había cruzado el Atlántico. Tras una breve campaña ésta consiguió poner fin a las agresiones portuguesas, a la vez que se recuperaba definitivamente la colonia de Sacramento y se ponían las bases para la firma de un acuerdo de paz permanente. Esto sucedería en el momento en que Inglaterra no podía arriesgarse a abrir un nuevo frente al mismo tiempo que trataba de sofocar la rebelión en Norteamérica. De paso, se consiguió que Portugal se alejase de su tradicional aliado, llevando a la nación vecina a mantenerse neutral pocos años más tarde en el conflicto entre las potencias borbónicas e Inglaterra.

## EL MINISTRO CUESTIONADO

Ya se ha visto que las críticas más inmisericordes hacia Grimaldi procedían del conde de Aranda, con el que había mantenido una buena relación en los primeros años al frente de la secretaría de Estado. En esos tiempos Grimaldi aparecía en un segundo plano, siempre a la sombra de Esquilache, el objetivo preferente de los alibistas. Sin embargo, Grimaldi conseguiría discretamente ganar el favor real frente a su competidor, cuya rudas maneras y moralidad cuestionable le harían acreedor de la enemistad de un número creciente de personajes influyentes en el círculo cortesano.

La caída de Esquilache pareció representar la oportunidad de Grimaldi de pasar a ocupar un lugar preeminente, pero por limitaciones de carácter no le sería posible consolidar esa posición, viéndose obligado a dejar paso a una personalidad tan marcada como la del conde de Aranda, que desde el Consejo de Castilla se convertiría en su principal detractor. Para Aranda el genovés no era sino el principal exponente de «un gobierno de plebeyos, italianos y «abogaduchos», todos «cagatintas»<sup>17</sup>. Pero a pesar de los servicios prestados a la monarquía, Carlos III trataría de mantener alejado a un Aranda «impetuoso, de carácter independiente, propenso en demasía a pagarse del parecer propio, y creyéndose necesario, hasta en presencia del Monarca tiraba de la cuerda más de lo justo», según Coxe<sup>18</sup>. De este modo Grimaldi saldría finalmente triunfante en la pugna entre ambos en 1773, cuando el aragonés, hastiado de recibir un desaire tras otro, solicitó ser enviado como embajador a Francia, a lo que el rey

---

<sup>17</sup> Jose Luis GÓMEZ URDAÑEZ, conferencia «El padre es el rey: Carlos III y Carlos IV ante las intrigas del cuarto del príncipe», Coloquio internacional *Le pere comme figure d'autorite dans le monde hispanique* Saint-Etienne, 2012.

<sup>18</sup> FERRER DEL RIO, *Historia del reinado...*, p. 105.

accedió de buen grado. La furia de Aranda iría en aumento, no dudando en calificar a Grimaldi como el ministro «más débil, indolente, servil y contemporizador con que España se había visto maldecida nunca»<sup>19</sup>.

Hasta la nación vecina seguiría a Aranda la sombra de Grimaldi, que se había convertido en su superior, y que no solo le hizo acompañar de un informante leal, sino que aprovechó cualquier ocasión que se le presentó para tratar de desacreditarle. No mostró rubor alguno en traslucir una cierta satisfacción ante sus dificultades, como pondría de manifiesto a Floridablanca en mayo de 1775 con la siguiente afirmación, por otra parte muy propia de su forma de actuar en política: «...el Ministerio de Francia no va muy acorde con nuestro Aranda. El conde no se ha hecho amar allá, y así, sus representaciones no serán muy atendidas. Eso que digo de Aranda quede entre los dos, y aún así pido a VSI. que una vez leída queme esta carta»<sup>20</sup>. Bien es cierto que Aranda haría lo propio desde Versalles.

Retomando la actividad de Grimaldi al frente de la secretaría de Estado, la defensa de la autoridad real frente a las intromisiones de la Iglesia constituyó otra de las preocupaciones del diplomático genovés, que se ajustó al papel que cabía esperar de él durante el proceso de expulsión de los jesuitas. Destaca su negociación de un destino alternativo para los que habían sido desembarcados en la isla de Córcega, justo en el momento en que ésta era vendida a Francia, quedando por tanto sometidos los religiosos allí refugiados a las restricciones impuestas por la ley francesa. Asimismo le correspondería adoptar medidas enérgicas frente al reto papal a las potencias borbónicas que supuso el monitorio de Parma. Grimaldi también estuvo pendiente de la eficaz labor de Floridablanca en la embajada de Roma, que condujo finalmente a la disolución de la orden. Fue por tanto un regalista más o menos convencido, pero en cualquier caso con manifestaciones más contenidas que las del exaltado Tanucci.

Otro de los éxitos de Grimaldi sería a la larga el motivo de su caída, en concreto su intento de sentar las bases para asegurar la libertad de navegación en el Mediterráneo, para terminar, con el riesgo que representaba el corso berberisco para las rutas marítimas y para las costas meridionales de Italia y España. Prácticamente desde su llegada a la secretaría de Estado comenzó a ponerse en marcha el proyecto de establecer relaciones permanentes con Marruecos, que no pudieron ser frustradas por los ingleses, convencidos de que la amenaza del sultán sobre los presidios españoles redundaba en la seguridad de Gibraltar. Sin embargo, el proyecto pudo llevarse a buen puerto con la

<sup>19</sup> John LYNCH, *El siglo XVIII*, Barcelona, Ed. Crítica, 1993, p. 263.

<sup>20</sup> «Carta de Grimaldi a Floridablanca de 7 de mayo de 1775», Archivo de la Embajada Española en Roma, Legajo, 623. Cit. Rafael OLAECHEA ALBISTUR, «Información y acción política: El conde de Aranda», Valladolid, *Investigaciones históricas*, nº 7, 1987, p. 88.

firma de un tratado entre ambos estados y con el nombramiento del primer embajador en Marruecos, el marino Jorge Juan<sup>21</sup>.

Pero de forma inesperada el sultán atacó Melilla y el Peñón de Vélez a finales de 1774. Tras un corto periodo de bombardeos y ataques terrestres hubo de poner fin a los combates y retiró las fuerzas sitiadoras de las inmediaciones de ambos enclaves al no conseguir resultado alguno. Pero como consecuencia de la ruptura de hostilidades se había comenzado a organizar una importante expedición de castigo que se veía en aquel momento sin propósito alguno. Entonces se planteó, entre otros por parte de Aranda, la posibilidad de continuar con los preparativos y dirigir la expedición contra Argel. Entusiastas promotores de esta empresa fueron el confesor real y el obispo de Osma. El acomodaticio Grimaldi no dudó en tomar partido y sumó su voz a las de la mayoría de los consejeros reales. No hay constancia de que su participación fuese más allá de pronunciarse a favor de uno de los dos planes que se presentaron, el de O'Reilly, que requería casi la mitad de fuerzas que el propuesto por Cevallos. El ataque a Argel tenía además un encaje lógico, conducente a eliminar la amenaza berberisca, objetivo que se alcanzaría años más tarde, ya durante la secretaría de Floridablanca.

Como es de sobra conocido, la expedición terminó en un fracaso que costó cerca de 800 vidas y una quiebra del prestigio internacional de España. A partir de ese momento comenzaría una furibunda campaña de acoso y derribo contra Grimaldi que se prolongaría durante varios meses, atribuyéndole la responsabilidad del fiasco de Argel. Pero lo cierto es que la magnitud de la derrota en términos de pérdida de vidas, consideraciones humanitarias aparte, estuvo a la altura de hechos de armas similares que no se culminaron con éxito, y que las pérdidas materiales no fueron significativas. ¿Por qué anidaron entonces en la opinión pública los sentimientos puestos de manifiesto en los innumerables pasquines y libretos esparcidos en los meses siguientes por Madrid y por otras ciudades?<sup>22</sup>. Es evidente que la causa fundamental fue la utilización interesada del fracaso por parte de los albistas y del «partido aragonés», apoyados por los príncipes de Asturias, para desalojar de la secretaría a Grimaldi, al igual que diez años antes se había hecho con Esquilache. Los enemigos de Grimaldi exageraron en la medida en que fueron capaces tanto la responsabilidad del ministro como la incompetencia de su patrocinado O'Reilly, atribuyéndoles en exclusiva a ambos la culpabilidad por la derrota.

---

<sup>21</sup> Vicente PALACIO ATARD, «Primeras negociaciones entre España y Marruecos en 1765», *Hispania*, nº 16, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Jerónimo Zurita, 1951, pp. 658-678.

<sup>22</sup> Teófanos EGIDO LOPEZ, «La oposición y el poder: el desastre de Argel (1775) y la sátira política», *Actas del congreso internacional sobre Carlos III y la Ilustración*, Vol. 1, *El Rey y la Monarquía*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1989, pp. 423-449.

Grimaldi intentó defenderse filtrando inoportunamente algunos informes que descargaban en los ejecutantes de la operación toda responsabilidad. El hecho de que los efectos fuesen contrarios a los que pretendía no puede hacer olvidar que la responsabilidad que correspondía a Grimaldi era mucho menor de la que se le atribuía. En concreto no pueden imputársele los fallos en los preparativos y en la organización de la expedición. Además, la elección de su jefe, O'Reilly, no era descabellada, puesto que el general irlandés había resuelto de forma solvente asuntos en Cuba, Puerto Rico y la Luisiana, y había llegado a rodearse de una aureola de prestigio militar. La elección del objetivo, en la que tampoco Grimaldi fue el único responsable, parecía razonable –al margen de que no tenía sentido continuar con el plan inicial tras el rápido desenlace de la guerra marroquí– por la importancia de Argel como refugio y apoyo de la piratería berberisca. Tampoco parece precipitado el plan general escogido, que requería un menor esfuerzo económico y de organización que el propuesto por Cevallos.

En suma, la conclusión a la que se llega es que, independientemente de que las pérdidas en el desembarco y en el reembarque de las tropas hubiesen sido menores o las noticias del combate menos negativas, el resultado final habría sido el mismo. El momento de los enemigos de Grimaldi, por una conjunción de acontecimientos, había llegado, y si no hubiese sido el fracaso de Argel, otro acontecimiento fortuito habría provocado su caída antes o después. De ello sirve de muestra que el secretario de Guerra y el de Marina no se viesan salpicados por este asunto, del que también resultó indemne el jefe de la escuadra, Castejón, sobre el que recaía buena parte de la responsabilidad al haber privado al ejército del apoyo de la artillería embarcada, que podría haber desbaratado las defensas enemigas y quizá cambiar el curso de los acontecimientos.

## **EL FINAL**

A pesar de los intentos del rey de salvar la situación, Grimaldi terminaría por presentar su dimisión a finales de 1776, haciéndola efectiva en febrero del año siguiente al entregar la secretaría a su sucesor. Atrás quedaban casi dos años de continuo desgaste, en el que Aranda y sus partidarios no dudaron en utilizar al Príncipe de Asturias, lo que provocó la ira de Carlos III, que veía como aquellos que le debían mayor lealtad por su rango –Aranda era dos veces grande de España– trataban de predisponer contra él al mismo heredero.

Sin embargo, como el superviviente político nato que era, Grimaldi aún tendría la oportunidad en el mismo momento de su salida de escena de triunfar sobre sus enemigos, y lo haría mediante dos golpes de efecto decisivos. El primero sería el proceso de

Olavide, «amigo» de Grimaldi e íntimo de Aranda<sup>23</sup>. Contra la opinión generalmente sostenida de que se trató de uno de los últimos coletazos de los elementos más retrógrados de la oposición a la Ilustración, cobra fuerza la teoría de que se trató de una manobra puramente política, orquestada por Grimaldi con el pleno conocimiento y apoyo del rey. El objetivo era dar un escarmiento a Aranda y a sus partidarios, golpeando con el máximo rigor a uno de ellos, cuyo sacrificio era asumible en todos los aspectos.

El otro embate de Grimaldi, el definitivo, sería el nombramiento como sucesor de Grimaldi de su protegido Floridablanca, lo que aseguraba la continuidad del sistema de gobierno que una parte de la aristocracia había pretendido cambiar de forma radical durante más de una década. Aranda se encontró así con que no solo no fue llamado para volver a España de forma inmediata para reemplazar a Grimaldi, como esperaba, sino que se enfrentaba a la perspectiva de un largo exilio parisino que continuaría por espacio de otros quince años. El conde, que no veía llegar el momento de la partida de Grimaldi hacia la embajada de Roma tras su dimisión, clamaba «¿Cuándo querrá Dios que este hombre (Grimaldi) pase los Pirineos (con destino a Roma) para que no avergüence más a la pobre España?»<sup>24</sup>. Trataría de consolarse pensando que al menos el sucesor del genovés era un español, lo que tenía de por sí una connotación positiva «por el poco apego de que es susceptible el que no puede pronunciar bien cuerno, cebolla y ajo»<sup>25</sup>.

Desde Madrid, Grimaldi partió hacia la embajada de Roma, una suerte de «exilio dorado» en el que permanecería hasta 1784. Antes de su salida sería honrado por Floridablanca con el título de duque de Grimaldi y con el Toisón de Oro. El murciano debía grandes favores a Grimaldi, no siendo el menos importante el haber actuado como rompeolas de los intentos del «partido aragonés», que quedó lo bastante desbaratado como para no suponer un problema reseñable durante la mayor parte del gobierno de Floridablanca. Sin embargo, esta dependencia no fue obstáculo para que el nuevo secretario de Estado estableciese para controlar a Grimaldi un canal paralelo con el agente de preces en Roma, Azara, al que diría<sup>26</sup>:

Vm. usará de las prevenciones que dije, para instruir a su Exc<sup>a</sup>. (Grimaldi) y me avisará lo que ocurra, para remediar amigablemente lo que fuera necesario (...) Supongo que Vm. sabrá conllevar a nuestro Embajador, disimular y aun sufrir alguna que otra bagatela, porque al fin ha sido nuestro Jefe, y ni Vm. ni yo carecemos de motivos para estarle agradecidos. Tengo a Vm. por hombre de bien.

<sup>23</sup> GÓMEZ URDAÑEZ «El padre es el rey...».

<sup>24</sup> Carta de Aranda a Oquendo de 4 de febrero de 1777, AHN, Estado, Legajo 2825.

<sup>25</sup> FERRER DEL RIO, *Historia del Reinado...*, p. 178.

<sup>26</sup> «Carta de Floridablanca a Azara de 21 de octubre de 1777», *Archivum Romanorum Soc. Iesú (ARSI)*, Hist. Soc. Lib. 234, Libro II, folio 70, cit. Rafael OLAECHEA ALBISTUR, «Información...», p. 93.

Aún más desagradecido se mostraría Azara, al que Grimaldi había salvado de ser procesado por la Inquisición y que, condecorado de su retiro definitivo en 1784, escribía a Aranda: «En fin, Bachicha (el mote de Grimaldi) consumó su renuncia. Soy su humilde sucesor. Ha costado cincuenta años a España sacudirse esta ladilla»<sup>27</sup>.

Retornado a su patria, Grimaldi falleció en 1789, dos meses escasos antes que Carlos III. La desaparición de ambos era el símbolo del fin de una época. En menos de un lustro Italia se alejaría definitivamente de España, poniéndose fin a la afluencia constante de emigrados que, de variada procedencia social y con diversa fortuna, labraron su futuro en las artes, las ciencias, la milicia o la administración borbónica. De ellos quizá Jerónimo Grimaldi fue su representante más ilustre en la segunda mitad del siglo XVIII. Ambas sociedades, la italiana y la española, se beneficiaron de este intercambio, que favoreció la prosperidad de la primera y el enriquecimiento cultural y vital de la segunda. Respecto a las aceradas críticas a que se vieron sometidas figuras como la de Grimaldi solo puede decirse que el tiempo ha mostrado que a menudo estaban fuera de lugar, y que en muchos casos fueron únicamente fruto de la envidia y el desaire de quienes frente a mayores o menores dosis de mérito y capacidad solo podían ofrecer linaje y nobleza de sangre. Baste reiterar lo indicado anteriormente en relación con la elección de Grimaldi para puestos de relevancia, desde la embajada en Francia hasta la secretaría de Estado, que tanto el rey y sus ministros principales justificaban por no encontrar otros candidatos más idóneos. Con toda seguridad los adversarios y competidores de Grimaldi, que no salían muy bien parados con esa afirmación, habrían preferido escuchar que esa elección se había basado en el nepotismo o en las clientelas.

Todo lo anterior no debe llevar a calificar a Jerónimo Grimaldi como un gran hombre de estado. Es cierto que no lo fue, pero seguramente tampoco necesitó serlo. El hecho de que no mostrase unas cualidades excepcionales como político no impidió que sirviese con lealtad a la monarquía española durante más de medio siglo en los diversos puestos que ocupó en la diplomacia y en la alta administración. Seguramente contra sus deseos se vio obligado a tomar decisiones arriesgadas en momentos difíciles, desde el motín de Esquilache y la expulsión de los jesuitas hasta el incidente de las Malvinas pasando por el contencioso con Portugal en América del Sur y por las complicadas relaciones con Marruecos. Criticado a menudo por lo que se consideraba como una excesiva prudencia, el tiempo también ha puesto de manifiesto que en la mayoría de las ocasiones estuvo a la altura de las circunstancias y que en el desempeño de los cometidos que le fueron encomendados prestó un valioso servicio a la monarquía española y contribuyó a la modernización de la política, la administración

---

<sup>27</sup> «Carta de Floridablanca a Azara de 21 de octubre de 1777», Archivum Romanorum Soc. Iesú (ARSI), Hist. Soc. Lib. 234, Libro II, folio 70, cit. Rafael OLAECHEA ALBISTUR, «Información...», p. 93.

y la vida social y cultural del país. Como resumen de esta valoración valgan los testimonios de Coxe y de Lobkowitz. El primero escribía sobre Grimaldi que<sup>28</sup>:

Aunque objeto de una especie de odio y animosidad nacional a causa de su cualidad de extranjero, amabanlo y estimabanlo los españoles ilustrados por su dulzura y urbanidad, así como por la protección especial que concedía a la literatura y a las artes. Finalmente se elogiaba el celo con que procuró fomentar la prosperidad nacional.

En cuanto al embajador austriaco, afirmaríase sobre Grimaldi que era «limpio y honrado en la gestión pública y hasta generoso y desprendido en el uso de sus rentas personales para sufragar los costes de los correos marítimos con América y el embellecimiento del país». Pero quizá el testimonio que hace mayor justicia a su gestión es el de Pier Paolo Giusti, encargado de negocios de la corte de Viena que permaneció en España desde 1772 hasta 1781, y que escribiría lo siguiente<sup>29</sup>:

Al final, si el marqués de Grimaldi no ha podido reanimar las fuerzas debilitadas de la monarquía, revivir las ramas de la legislación y sacar todo el partido a los recursos inmensos del país que gobernó se debe a que los males inveterados arraigados en el corazón del Estado no pueden ceder sin los remedios drásticos que surten efectos en las grandes crisis...

### Recibido el 28 de mayo de 2015. Versión revisada aceptada el 28 de junio de 2015

Paulino García Diego es Licenciado en Derecho, Doctor en Historia Moderna, Teniente Coronel del Ejército de Tierra (Artillería) y miembro de AEME (Asociación Española de Militares Escritores). Ha publicado el libro *Jano en Hispania: una aproximación a la figura y obra de Jerónimo Grimaldi (1739-1784)* (Subdirección General de Publicaciones y Patrimonio Cultural del Ministerio de Defensa / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2014) y varios artículos sobre conflictos bélicos y otros temas de la España en el siglo XVIII.

Dirección: Dirección de Personal del Ejército de Tierra, Cuartel General de Ejército de Tierra, C/ Prim 8. 28004, Madrid, España.

Tel.: +34-91308 9829

---

<sup>28</sup> William COXE, *España bajo el reinado de la Casa de Borbón, desde 1700 en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788*, tomo IV, Madrid, 1843 (reed. Publicaciones Universidad de Alicante, 2010), p. 256.

<sup>29</sup> JURETSCHKE, «El marqués...», p. 82.